

—También sé,—continuó Rivas Groot—un poema que José Asunción Silva acaba de escribir, de estrofas muy tristes, y tan extrañas, que seguramente no les gustarán a ustedes.

—Silva no...! Silva no...!—gritaron los hombres—. Preferimos los versos de Ubaté, y que se salgan las señoras.

Una hermosa, inteligente e ilustrada rubia interrumpió ese vocerío y le dijo a Rivas Groot:

—Es para nosotras las muchachas para quienes usted debe recitar los versos de Silva. Nosotras sí admiramos mucho a ese poeta.

Rivas Groot, en obediencia a tan dulce orden, rompió a recitar:

«Una noche...

una noche...

una noche

toda llena de murmullos,

de perfumes

y de músicas de alas...»

Las damas se miraron sorprendidas, y los hombres empezaron a sonreír y a cuchichear.

Por entre escollos de risas, sirtes de cuchicheos y arrecifes de burlas, siguió la recitación hasta su final.

Apenas terminada, estalló una borrasca de protestas y pitorreos.

No resisto a la tentación de copiar lo que dice Rivas Groot:

«El más espiritual de entre los hombres, repetía remedando:

—«Y eran una sola sombra larga, una sola sombra larga...»